

El reto de la transición: hacer de éste un país bonito para vivir¹

En primer lugar, quiero expresar mi agradecimiento al Colegio de Altos Estudios Estratégicos por esta invitación y en lo personal al Coronel Campos Anaya, al Dr. Martínez Uribe y al Lic. Aquino por esta oportunidad que me han brindado de compartir con ustedes en esta mañana. Estoy doblemente contento de estar aquí. Primero, por la posibilidad de intercambiar sobre este tema con todos ustedes y, segundo, por el simple hecho de poder estar aquí. Debo decir que no estaba seguro de poder venir. Un virus tropical me ha tenido gravemente enfermo. Parece que he gozado del indeseado privilegio de ser el primer caso en el país de dengue hemorrágico en lo que va del año. Ojalá que fuera el último. Voy a partir de este hecho anecdótico que me ha motivado a unas primeras reflexiones.

A la vivencia —cotidiana en este país— de que se sale de la casa en la mañana y nunca se está tan seguro de si se va a poder regresar sano y salvo en la noche, cuando se añade que de un día para otro uno sufre una enfermedad tropical de éstas, se cae entonces en un sentimiento de doble inseguridad. Tal vez éste pueda ser un buen punto de partida para la reflexión: que existen lo que podríamos llamar factores supraestructurales que condicionan una inseguridad. Eso tiene que ver con el clima, la geografía, la posibilidad de terremotos, huracanes,

erupciones volcánicas, etc. Eso que ya Montesquieu sostenía —en su libro *El Espíritu de las Leyes*— sobre la importancia de ese tipo de factores y que hay que tomarlos en cuenta en el derecho y la política, y que condicionan también una psicología, una mentalidad colectiva. Por un lado, esto aparece como algo dado objetivamente. Por el otro, vivimos con ello y nos impregnamos subjetivamente de esa determinada forma de estar en el mundo y de vivir nuestras vidas. Como consecuencia, en nuestro trópico también la política sucede a menudo en forma tempestuosa; se dan asimismo huracanes, terremotos y erupciones volcánicas en nuestra vida cotidiana, tanto política como personal.

Todo ello está vinculado con factores que podríamos llamar estructurales. Porque no es lo mismo que a uno le sobrevenga una enfermedad grave en un país desarrollado. Por ejemplo, yo me pude dar cuenta en Alemania de lo que tardaba allí una ambulancia en recoger a alguien que se desmayase en el centro de la ciudad: en promedio tres minutos. ¡En tres minutos estaba la ambulancia ahí! En las autopistas alemanas cada ochenta kilómetros un servicio hospitalario de helicópteros recoge, en pocos minutos, a los accidentados. En el fondo, se trata de lo que aquí el Colegio de Altos Estudios Estratégicos ha planteado: la vinculación entre seguridad y desarrollo. No sólo desarrollo económico,

1. Conferencia dictada el 10 de julio de 1997 en la sede del Colegio de Altos Estudios Estratégicos. La presente versión, levemente editada por el propio autor, ha procurado respetar el estilo oral que tuvo la exposición. Su publicación en *ECA* ha sido autorizada por el Colegio de Altos Estudios Estratégicos.

sino lo que significa vivir en un país desarrollado, donde el ciudadano goza de la seguridad que dan todos esos aspectos estructurales.

Una segunda reflexión, a partir también de esa experiencia personal que les conté, es que me parece que a veces tendemos a pensar un poco en abstracto las cosas. Cuando hablamos de la nación, del país o de la patria, podemos olvidar lo más obvio: la relación estrecha que guarda con el individuo. Dónde estamos parados y en qué condiciones está el país donde vivimos afecta, indudablemente, nuestras vidas. Por lo tanto, el ideal de vivir en una nación más segura está vinculado con la posibilidad de que cada ciudadano goce la vivencia de una mayor seguridad. Es lo que tal vez antes parecía más sencillo. La gente se sentía segura si tenía un oficio, si tenía un empleo, si tenía ahorros. Cada vez más, todo eso... ¡ya no es tan seguro! Ya ni tan siquiera tener ahorros es seguro. ¡Hay que preguntarse dónde poner los ahorros! El empleo, el oficio, como que ya no son una base firme. En verdad es algo que empezamos a compartir en estos tiempos de globalización. No es una cosa sólo para los sectores populares, mayoritarios, sino también para las capas medias e incluso para las clases altas. Los factores de inseguridad a nivel personal son, en verdad, muy generales. Son factores sociales que resultan ser parte de "los nuevos tiempos".

Todo eso influye en componentes de la mentalidad y la cultura. Falta confianza. No se trata únicamente de ver qué tanta confianza podemos tener en las estructuras del país o en sus instituciones. También en las relaciones personales hay falta de confianza. En estos nuevos tiempos la confianza está en crisis. ¿En quién se puede confiar? Las mismas relaciones de amistad, las familiares, las de compañerismo, todo eso como que ha entrado en crisis. Es uno de los elementos que marcan los nuevos tiempos. Hemos pasado antes por momentos de gran crisis a nivel nacional pero en los que tal vez a nivel de las relaciones personales, de las relaciones sociales, en general, no había tanta crisis como ahora. Había más compañerismo, había más fraternidad, había más en quién confiar. Por decirlo así, las cosas estaban más claras.

Hemos entrado a una nueva etapa. Lo cual implica cambios en la conciencia colectiva, cambios en la mentalidad. Algo que, en forma un poco más filosófica, yo definía en un artículo como "el nuevo signo de los tiempos". Ha habido una ruptura histórica. En distintos momentos de la historia nacional

de este siglo hemos tenido esos puntos de ruptura que inauguran nuevos períodos. Se repiten, curiosamente, casi las mismas cifras: más o menos cada diez años. En 1969, la guerra con Honduras marca una ruptura de ese tipo. Es decir, una ruptura histórica donde las prioridades, los problemas y la mentalidad cambian totalmente. No sólo se terminan los años sesenta y, con ellos, las ilusiones y las esperanzas de un desarrollo vinculado a la integración de los mercados centroamericanos sino que se inaugura un nuevo período. En 1979, con la crisis del régimen político y, más en concreto, el 15 de octubre con el golpe de estado, hay otra ruptura. A los diez años casi exactos. Históricamente en esa fecha da inicio la década de los ochenta. No siempre coinciden la cronología del calendario con la periodización de la historia. Pero otras veces sí se da esa coincidencia.

Yo creo que la década de los ochenta, no sólo cronológicamente también históricamente, culmina en 1989. Lo cual quisiera decir que de ahí arranca entonces la transición. Casi siempre oímos mencionar más bien el 16 de enero de 1992, con la firma del documento de Chapultepec, el Acuerdo de Paz. Pero la ruptura histórica, el cambio de período, prácticamente sucede en 1989. Fue el último gran intento de la insurgencia de tomarse la capital, de quebrantar el poder del ejército, de quebrar el Estado. Fue como el último intento de acceder por esta vía armada al poder. 1989 es el fracaso de eso y el fracaso también del otro bando de aniquilar a la guerrilla en la contraofensiva del ejército de fines de noviembre. En 1989 se demuestra ahí el fracaso de la guerra. Hasta cierto punto el fracaso de ambas partes, pero que abre un período de negociación en el cual ambas salen gananciosas. "Sin vencedores ni vencidos": hay pérdida y también ganancia para ambos bandos. La transición se inicia, pues, entre enero y abril de 1990. Yo opino que fue 1989 el año de la ruptura. Y bueno, surgiría la interrogante hacia delante, si se quiere un poco provocativo: ¿puede ser 1999 —año de elecciones presidenciales— otro momento de ruptura histórica, ahora a nivel de correlación electoral de fuerzas? Podría serlo. Tal vez no sea así de dramático, pero sin duda va a ser un momento muy importante para el futuro del país.

Desde 1990 en adelante estamos en una nueva fase. Esa que yo me atrevía a llamar de transición. Aunque desde luego es un tema sujeto a discusión. Se viene hablando y discutiendo mucho sobre la

transición. Se han venido abordando distintas interrogantes. Desde la pregunta de cuál transición hasta la de cuándo se inició la transición. Posiblemente muchos no van a estar de acuerdo con mi afirmación de que en 1990, con el inicio de la negociación, arranca la transición. Y se han venido expresando distintas opiniones. Algunos la sitúan más atrás: desde el discurso de toma de posesión de Cristiani, en 1989; otros, en 1984, con Duarte, con el diálogo; o en 1982 con las primeras elecciones y el papel de ARENA ya en ellas; o algunos en 1979, con el golpe de estado. Otros, al contrario, sostienen que hasta 1992 con el acuerdo de paz; o para otros, ni siquiera ha empezado, plantean que la situación actual es una postguerra y que la transición, tal vez, pueda empezar con una nueva correlación de fuerzas. Parece mentira que a pesar de que durante estos últimos cinco años el tema de la transición ha suscitado tanta discusión, tantos análisis, no lleguemos a ponernos de acuerdo en una cosa aparentemente tan sencilla como es ésta: ¿cuándo empezó en este país la transición?

¿Hacia dónde va la transición?, también es algo que sigue estando en debate. Aunque muchos coincidimos en calificarla de transición democrática, de transición a la democracia. Pero todavía existe debate: si realmente va hacia ahí o no. Y, desde luego, con qué ritmo avanza. O si está estancada, o si retrocede, o si puede acelerarse. Son temas que han estado presidiendo el debate estos últimos cinco años, a los cuales yo en lo personal le he dedicado también buena parte de la atención. En un artículo, publicado en la revista *ECA* de enero-febrero del presente año, yo me atrevía a plantear una nueva pregunta. Es una interrogante que, curiosamente, nadie ha planteado, al menos explícitamente, y que me parece puede ayudar a unificar criterios en torno a este tema. Y digo que curiosamente no se ha planteado, porque la cuestión es como muy obvia, como la más elemental. Sería la pregunta: ¿en qué consiste la transición? Como quien dice: bueno, ¿de qué estamos hablando? Me parece que esta interrogante debería ser previa a las preguntas de cuáles y cuántas transiciones, cuándo empezaron y para dónde van.

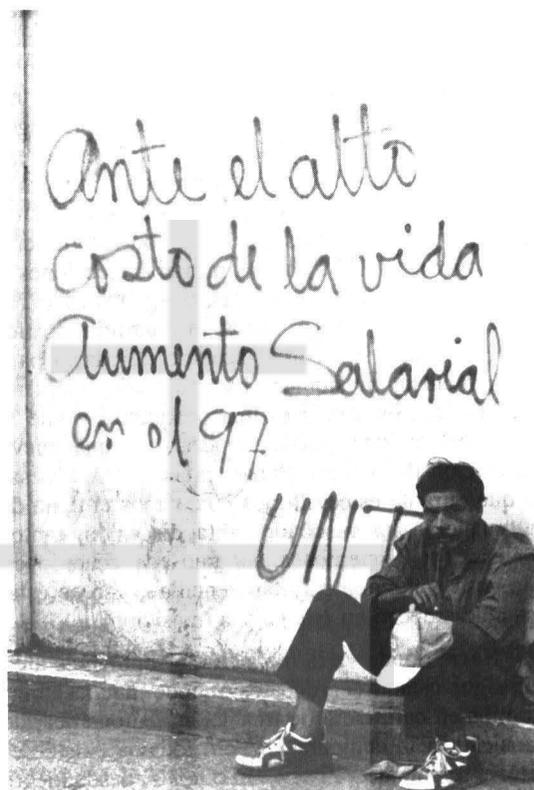
Desde luego, no es fácil darle una respuesta. Yo he tratado de plantear una respuesta hipotética, que sería la siguiente y que va a necesitar inmediatamente una explicación: la transición consiste en la realización de la solución política negociada. En el entendido, desde luego —y hay que añadir eso enseguida— de que la solución política negociada

integralmente considerada no es lo mismo, es mucho más, que el simple cumplimiento de los acuerdos puntuales a que las partes llegaron en la negociación. Voy a leer lo que escribí: “La solución negociada integralmente considerada debe entenderse que sigue situada en el futuro; la sustancia de la solución negociada, el nuevo pacto social, fundacional de un nuevo tipo de sociedad, tiene hoy todavía más de utopía que de realidad”. Es decir, la respuesta que por mi parte tentativamente trato de ofrecer es la siguiente: que lo esencial en la solución política negociada está plasmado en el primero de los acuerdos, en el Acuerdo de Ginebra, en el que ambas partes se comprometían en la sede de la ONU en esa ciudad suiza a iniciar un proceso de solución política negociada. En él se estableció el propósito de ese proceso. Este documento será después citado en los documentos posteriores, incluido el Acuerdo final de Paz, conocido como de Chapultepec. Ahí vuelve a ser mencionado como parte del conjunto de acuerdos, el del 4 de abril de 1990 o Acuerdo de Ginebra. Ahí se estableció “el propósito”, así en singular, no los propósitos, sino un único propósito, pero que consta de cuatro aspectos: (a) terminar el conflicto armado por la vía política, (b) impulsar la democratización del país, (c) garantizar el irrestricto respeto a los derechos humanos y (d) reunificar a la sociedad salvadoreña.

Yo digo que si las partes y la Organización de las Naciones Unidas le pusieron esa redacción a un documento de una importancia político-diplomática tan grande como era ése, y lo escribieron en singular, de alguna forma eso refleja una concepción. La concepción de que la solución política negociada, o en su caso la transición, no pueden medirse en forma gradual. No se trata de una lista de propósitos, no se trata de cuatro propósitos de los cuales pueda después decirse: se alcanzó una parte, se logró la mitad, o una cuarta parte o tres cuartas partes. Sino que al enfatizar “el propósito”, un único propósito, indica que éste, o se consigue o no se consigue. La redacción es coherente con el espíritu de la negociación. Yo creo que ése es el espíritu que debemos retomar al discutir sobre la transición, al trabajar y luchar por una transición exitosa. Es decir, que la transición alcance esa gran meta que, en definitiva, es construir un nuevo tipo de sociedad, generar un nuevo pacto social, lo cual excede al acuerdo entre dos partes beligerantes y que implica una serie de metas enunciadas básicamente en el Acuerdo de Ginebra de 1990.

Pienso que hay en el momento demasiado gradualismo y pragmatismo a la hora de abordar esos temas. Hay cosas en la vida que, o se consiguen o no se consiguen, o se dan o no se dan. No todo es más o menos, en mayor o menor medida. Para poner un ejemplo y que quede más clara mi forma de ver ese tema: el padre indignado que enfrenta a su hija adolescente y precoz le pregunta directamente si está o no embarazada. No va a admitir que se le responda: "estoy un poquito embarazada, papi!". O lo está o no lo está. Y a los nueve meses o viene la criatura al mundo o no. Y esta criatura, o nace viva o no nace viva. Yo creo que con ese mismo enfoque se debe examinar el tema de la transición y de la solución política negociada. Ese objetivo, o se consigue o no se consigue. La nueva sociedad, la criatura, nace o no. Y nace viva o no nace viva. No podemos estar hablando de que más o menos, o un cierto porcentaje, manejándolo como se hizo con el tema del cumplimiento de los acuerdos: "que ya sólo nos falta un 15 por ciento, que ya sólo nos falta un 10 por ciento, que ya está cumplido un 99 por ciento". Claro, había una gran lista de acuerdos y se puede ir determinando qué cosas sí y qué cosas no, qué otras cosas se cumplieron a medias, qué cosas incluso se han sobrecumplido, donde se cumplió más allá de lo estipulado. Pero ya el conjunto de todo eso, si la solución política negociada, si la transición resulta o no exitosa, tiene que haber un parámetro claro para medirlo.

Yo creo que ése es el enfoque que necesitamos y en el cual hay límites para el consenso. Porque, en definitiva, si triunfa la democracia en este país va a ser el triunfo de los demócratas. Si se consigue el éxito de la transición va a ser el éxito y el triunfo de los que luchan a favor de esta transición. La democracia no puede ser el resultado del consenso entre los que están a favor de ella con los que están en contra, de los demócratas y de los antidemócratas. Esto no puede ser así. Esta transición, esta democracia por la cual luchamos requiere justamente eso: lucha y compromiso. Creo que sólo de esa forma podemos desentramarla, es decir, entendiendo que es necesario el consenso, pero que éste tiene sus límites. Defendiendo que la reconciliación, para que sea auténtica, tiene que ser en torno al hecho de que los ideales siguen existiendo. Se da entonces una reconciliación, una unidad, un acercamiento en los ideales de los que antes fueron partes enfrentadas. Uno y otro bando tenían un ideal que en el fondo era común: el ideal de la Nación, el ideal de



la Patria. Ese fondo de nacionalismo, del bien común, patriótico, de sacar adelante el país, de levantar a El Salvador, es lo que verdaderamente puede unir a quienes antes estuvieron enfrentados.

La reconciliación no puede basarse en lo que haya podido tener de pérdida. No puede basarse en que una y otra parte empiecen ahora a desechar los ideales que antes los hicieron luchar. Pues, entonces, resulta que la derecha porque se siente perdedora ya no quiere ser derecha, quisiera ser centro. Y también la izquierda siente que perdió y ya no quiere seguir siendo lo que es o lo que ha sido, sino que ahora quisiera ser otra cosa, ser centro. Para algunos la reconciliación podría parecer entonces algo muy fácil: "en el centro nos encontramos todos", pero en una sola confusión. En una reconciliación falsa. Una reconciliación de perdedores. Esa es una reconciliación basada en el abandono de aquellas razones por las cuales la gente se comprometió con uno u otro bando. Las razones por las cuales mucha gente estuvo dispuesta a jugarse la vida. Y —no lo olvidemos—, muchos dejaron la vida en el camino. Por eso hoy se pretende una reconciliación que

prefiere olvidar. Olvidar los muertos de la guerra, olvidar la guerra, olvidar las víctimas, olvidar a toda la población civil que fue víctima de ambos bandos y que fue realmente la vencedora con el Acuerdo de Paz. Y desde el consenso de que “ambos perdimos” porque “ninguno pudimos ganar” abandonar ese pasado, olvidar el pasado. Ante eso, claro, los historiadores estorbamos. Pero aunque estorbe nuestro rescate del pasado éste sigue siendo necesario porque la historia es imprescindible. Lo es cuando, precisamente, necesitamos mirar hacia el futuro. Porque sin ese anclaje en el pasado no podemos tener rumbo hacia el futuro.

Naturalmente que se requiere de una reunificación de la sociedad, de una verdadera reconciliación. Pero ésta no sobre la base del olvido. Sino sobre la de la recuperación del pasado, de generar auténtica memoria histórica, de una investigación y un conocimiento de lo que realmente ocurrió y también de las culpas, de los pecados, que a uno y otro lado se cometieron. Necesitamos una reconciliación de vencedores. Es decir, una reconciliación en la que las partes enfrentadas puedan legítimamente decir: “¡hemos ganado con esta solución!” Hemos ganado en la medida que seguimos siendo derecha, seguimos siendo izquierda, y el que siempre ha sido de centro, pues sigue siéndolo. Pero ya no por conveniencia. Ya no porque lo de antes fueran “ideales de juventud”, “errores de juventud”, sino en la medida en que esos ideales hayan madurado y hoy todos entendamos desde otro estadio, con mayor comprensión, dónde están realmente los problemas nacionales y cuáles eran sólo soluciones ficticias. Como la de que barriendo con el comunismo la patria se levantaba. O a la inversa, de que destruyendo a la oligarquía y derrotando a los militares, ya con eso se iba a construir socialismo. Dos cosas que hoy se miran hasta ridículas: a uno y otro bando, la simplicidad con que ambas partes se enfrentaron. Mas en una lucha que fue necesaria históricamente, en una guerra que fue hasta cierto punto irremediable, casi inevitable y que nos ha traído a un nuevo estadio.

Esta perspectiva histórica puede ser el marco para entender la perspectiva política en la cual nos encontramos. Una situación en la cual la transición marcha casi por propia inercia, con gran peligro de que quede truncada o que quede olvidada. En donde hay factores de tipo subjetivo, de voluntad política, que es tal vez donde hay más déficit. Y donde la población más acusa que las cosas en el fondo no

han cambiado. Aunque hay grandes transformaciones —en las instituciones, en los partidos, en los mismos sujetos sociales— también hay más inercias fuertes. Principalmente en la práctica cotidiana. En el modo de hacer política, en el modo de llegar a pactos y alianzas, en el ejercicio cotidiano de la política. La población percibe que muchas cosas siguen siendo como las del pasado. Qué sé yo, los antimotines, por ejemplo. Se comportan en forma muy parecida a la antigua policía. En estos días, todo el gremio periodístico creo que estará de acuerdo conmigo: ¿hasta qué punto el periodista que recibe el trancazo podrá percibir la diferencia que hay entre ser apaleado por un agente de “la nueva” Policía Nacional Civil o ser golpeado por la antigua Policía Nacional? Cada vez más la gente pone su interrogante sobre la palabra “nueva”. Pudiera parecerle a algunos que a la PN le añadieron una “C”, así como a la Guardia Nacional le cambiaron la “N” por “F” y le pusieron Guardia de Fronteras, o a la Policía de Hacienda le sustituyeron la “H” por una “M” y pasó a ser Policía Militar. En 1992, al inicio de cumplirse los acuerdos parecía un juego de letras. Es una forma de referimos a ello si se quiere hasta caricaturesca; pero es que a veces la realidad tiene bastante de caricatura.

Esos son los grandes déficits de la transición. Porque si ésta no se vuelve creíble para la población, si el pueblo salvadoreño no cree que las cosas están cambiando, que van a cambiar, y que hay que empujar para que cambien, lo que viene entonces es también la inercia de la población. El ausentismo. Y no porque la gente sea idiota, al revés, porque la gente es lista; a veces tal vez hasta demasiado lista. Se dice entonces que “la población se volvió apolítica” y no es eso. Yo diría que hay un ausentismo del que simplemente se va al mar, pero hay otro ausentismo que es consciente, motivado políticamente, en el que la gente tiene sus razones para participar o para no participar. Por lo tanto, quien debe rectificar es la clase política. Una clase política que, por mejor voluntad que tenga, ha de moverse en escenarios que están objetivamente configurados.

En 1994 mencionaba la posibilidad de cuatro diferentes escenarios como fruto del resultado de las elecciones que iban a efectuarse en marzo de ese año. Desde un marco teórico muy simple: que surgiera un gobierno débil y una oposición débil, o un gobierno fuerte con una oposición débil; o bien, un gobierno débil con una oposición fuerte y cuarto, un gobierno fuerte con una oposición fuerte. Senci-

llo: un juego de dos variables aplicadas a gobierno y oposición, por las que estos podían ser fuertes o débiles. Lo que se dedujo de esas elecciones es que resultó el modelo de un gobierno fuerte con una oposición débil. O sea, un gobierno con mayoría en la Asamblea Legislativa, con apoyo del poder económico, de la gran prensa y del poder militar, bien relacionado con gobiernos, instituciones y organismos internacionales. Y una oposición débil, fragmentada, no unida, con muy pocas alcaldías, con insuficiente peso parlamentario, sin apoyo de los medios de comunicación, etc. No era el mejor escenario para la transición. La tentación del partido en el poder, sabiéndose fuerte y teniendo enfrente a una oposición débil, es que lo utilice. Se gobierna entonces autoritariamente aunque con métodos democráticos, usando mecanismos democráticos. Es la llamada "aritmética política". Pero sigue el autoritarismo, el efecto aplanadora, que es prácticamente lo que hemos tenido en esos últimos tres años.

Hoy, la gran esperanza está en que la nueva correlación que ha surgido del resultado electoral pudiera dar el mejor de los escenarios posibles, que sería el de "un gobierno fuerte con una oposición fuerte". Es el escenario que obliga a concertar. Es el escenario en el cual ambas partes se deben respetar mutuamente. Y aunque hay signos alentadores

de que éste es el escenario que se está configurando, el gran riesgo, diría yo, es que pueda surgir no éste, sino el contrario: el de gobierno débil con oposición débil. Es decir, que el resultado electoral se mostrara más como fruto del desgaste de ARENA y no por una fortaleza opositora y que la oposición también empiece rápidamente a dividirse y que no alcance a poder ejercer con fuerza su función.

Creo que éste es el dilema en el cual las fuerzas políticas se mueven hoy por hoy. Un dilema en el que no necesariamente ha de darse la peor eventualidad. A veces mencionamos la peor de las posibilidades justamente para conjurarla. Pienso que hay motivo para la esperanza, en la medida que nos comprometamos con ella. Este país, al que en un escrito caracterizaba como "un trópico cargado de futuro", creo que sigue siéndolo. Aunque no llegue a ser tal vez nunca "tierra de promisión" —como dice la Biblia— "donde mane la leche y la miel", pero al menos un lugar donde haya fundamento para la esperanza. O para el ideal que expresaba Rubén Zamora: "un país que sea bonito para vivir". Una patria donde, como tal vez diría David Escobar Galindo, puedan convivir el venado con el colibrí.

Ricardo Ribera